

TARDE DE ORO

Quema el Sol naranja, arde
en las glaucas ramas de los árboles,
en las risueñas colinas de los cerros,
en los verdes pinos, en las cantarinas aguas
de arroyos y veneros y en el cipresal obscuro
del blanco y humilde Cementerio,
incendia con el oro vivo de sus rayos,
se posa con sus haces flamígeros
que tornasola en reflejos y fulgores,
en granas, lampos y arreboles
las blondas y espumas del caudaloso río,
los plateados chopos de los valles umbríos,
los caminos y veredas y el verde praderío.

En el espejo suntuoso del Poniente,
bajo el cálido reflejo de su brillo,
flotan cual vellón disperso
nubes blanquecinas de gasas irisadas
tornasoladas por el fuego vespertino.

De oro y sangre la tierra se ha vestido
y cálido sutil polvillo aúreo
se remonta del suelo del camino,
que zigzagueando cruza el erial baldío.

Allá lejos, en los montes lejanos
se yerguen los árboles gentiles
dorados por la maraña de sus rayos,
donde en el verde encaje de sus redondas copas
teje el Sol su mágico tapiz de Oriente
bordado en policromos hilos.
Guarnece en gemas y topacios
las flores de praderas y riberas
y el follaje verde los prados.

Bajo nubes de carmín y llamas
del poniente diluío, las formas agiganta
de colinas, alcores, sierras y montañas
como si estuviesen dibujadas en el esfumino
de una bruñida lámina esmerilada.

La luz está vertiendo en mil colores
 raudales de cromados reflejos y matices,
 brilla y chisporrotea en la fronda oscura
 de los grises y esbeltos olmos
 y en el bosque de los verdes montes,
 y pone sus últimas pinceladas malvas
 en las altivas crestas sonrosadas
 de las azules sierras y montañas
 que se recaman de aristas biseladas.

En el agua opalina del estanque,
 entre nenúfares y algas, doblado y silencioso
 el cielo arde entre las hojas secas
 de los plateados sauces.

II

La tarde se ilumina y brilla
 sobre la redondez del cielo flavo,
 y deslumbrada en el oro vespertino
 se desparrama en un flotante alarde
 en el jardín triste y abandonado
 y en la seda de musgos y follajes.

Se arrebola en purpurinas llamaradas
 en la claridad del cielo engalanado
 y en el agua de la laguna remansada,
 y en las espumas y blondas del mar salobre
 se retratan todas las inmortales maravillas
 del Sol que en un total anhelo
 muere y se abrasa en las chispas aéreas
 de su crisol de fuego,
 y se encierra en el mágico fanal encristalado,
 que enarbola el Poniente endomingado.

En los prados y riberas,
 en los fuertes robles y álamos erguidos
 parecen humear las ramas de ámbar;
 y en los valles y barrancas
 brotan las blancas margaritas perfumadas,
 que el Sol poniente de la tarde mancha
 de roja púrpura escarlata.

Quebrándose en gemidos y suspiros
 el agua de la verde acequia

al pasar por entre húmedos tablares
 canta en arpegios y baladas,
 dulces ensueños y añoranzas
 de gnomos y princesas encantadas
 que emergieran del añoso bosque.

La suave brisa en la alameda,
 juguetona, cariciosa y blanda
 mueve alada las espesas ramas,
 y deslízase por entre sus verdes hojas
 con melodiosos trémolos y arpegios
 de lánguidas arpas eólicas de plata.

Ya el Sol en el ocaso
 esplende vigoroso en los racimos
 y en las afiligranadas hojas de las parras.
 Los céspedes ondulan por vegas y cañadas,
 saetas de oro borda el Sol
 en las frondas juveniles de los álamos sonoros.

Transe leve el viento sus dolores
 en el tallo de las flores
 y en el claro cristal estremecido
 de las aguas del ondulante río,
 y entre quejumbres de dolientes tórtolas,
 entre arrullos y piar de aves,
 entre murmullos de la verdinosa fuente,
 y zureos de lánguidas palomas,
 canta sus divinas cadencias
 al triste declinar suave
 con que muere la luz agonizante
 para recogerse en el estuche de la noche.

III

Por el infinito campo riel embellecido
 la dulzura del claro Sol poniente,
 dora la cúpula del cosmos,
 reverbera con la hoguera de su lumbré
 en chispas de gemas irisadas
 en los átomos del invisible espacio.

Abre al horizonte amplio
 el abanico iluminado del oro deslumbrado
 con que ciega al infinito ocaso

al morir por entre fulvas nubes de amaranto.

El Sol se pone por el rojo cenit
y hacia Occidente camino va marchando,
y entre un desmayo de nubes y jirones
oculta su regío manto, rendido y reposado.

Agoniza al fin, y supremo besa
en el bullanguero estertor de su ígnea muerte
las olas rumurosas del verde mar salobre,
y las broncíneas hojas de los apolíneos árboles.

El Sol va declinando, la luz suave se apaga,
dos aves noctámbulas vuelan errantes,
baten sus nerviosas alas
y se alejan huyendo hacia el obscuro monte
que mancha el fondo de la tarde.

Todo el campo y la tierra alborozada
se quedan silenciosos y apagados
meditando sumergidos en la brevedad
de estos minutos. Suena monorrítmico
el viento su laúd sonoro
en los álamos del río.

Nada conturba esta apacible bienandanza
de la luz que en un derroche de elegancia
se oculta, allá en el otro extremo
de la comba del cielo engalanado
por argentados puntos de estrellas y luceros.

Se hace más doliente la dolencia,
más dulce la aérea languidez borrosa
del crepúsculo, paisaje de la tarde,
y sólo quedan en silencio y calma
la majestad del cielo augusto
y el suave vaivén de las sombrías aguas.

Un ruiseñor trina melodioso
con su flauta de oro
entre la seda del bosque.

CARMEN MARQUINA

EN TORNO A PEDRO CRESPO

EL MAS FINO MATIZ DE LA TRAGEDIA

A D. Arturo Gazul, noble señor,
excelente amigo.

HAY en el acervo espiritual del pueblo español unas figuras de incontrastable realidad humana que por la magnitud de sus hechos y por la lejanía inabordable de los tiempos en que alentaron, tienen aire de mito. Y hay otras que, siendo meras proyecciones literarias, el vigor de sus trazos fisonómicos y psíquicos le prestan tal realismo que, de vez en vez, le concedemos encarnación en determinadas personas. Poseen aquéllas una personalidad fuerte, única, individualizada en la vorágine de las generaciones y la Historia; la tienen asimismo éstas, definida, clara y tan llena de aciertos psicológicos, que hallan reflejo en muchas almas. Rodrigo Díaz y Hernán Cortés, Don Quijote y Don Juan, en uno y otro caso, son clásicos ejemplos.

También Pedro Crespo, Alcalde de Zalamea en 1580, es una de esas humanas figuras descollantes. Realizó un hecho estupendo, admirable, temerario. Este hecho admirable, temerario, le hizo famoso y le valió entrar además en el campo de lo literario, de manos de Calderón de la Barca principalmente, en un drama que es una joya rutilante del teatro español; drama que al recogerle en su regazo genial, ha contribuido en mucho a su vivencia, a su perdurabilidad. Pues la tradición, el relato verbal, se desvanece, se esfuma y apaga suave, lentamente, como el girón de niebla en los brazos cálidos del sol.

Y ¿quién es este Pedro Crespo? ¿Quién es este Alcalde extremeño que perdura en la tradición y en el arte? Yo lo diré: Pedro Crespo, Alcalde de Zalamea, es el labrador más acaudalado del lugar; tiene una gran cantidad de fanegas de tierras labrantías que en la época jugosa ofrecen unos sembrados de tonalidades verdes; un verde esmeralda que, poco a poco va empalideciendo, esto es, amarilleando, hasta cobrar un tono oscuro, obrizo, porque el sol va elaborando en los vegetales, en los cereales, con la maravillosa alquimia natural de sus calorías el fruto preciado de la mies. De la mies, que es oro, porque es el mas noble de los vegetales, alimento básico del hombre, afán supremo del pobre, harina de flor, Cuerpo místico del Señor tras la taumatúrgica transubstanciación del sacrificio litúrgico; oro, porque se torna en peluconas en la bolsa del labrador. Posee también Crespo otras heredades; unos cuadros de olivos centenarios, tal vez unos majuelos, y una casona en el pueblo. No ostenta este edificio timbre alguno de nobleza, de esos que se ven en otras mansiones repartidas por las calles y plazas de la villa; sí muestra, empero, en su amplitud, en su reciedumbre, en su limpieza, la holgada condición de sus dueños; los abundosos bastimentos de granos,